



*¿De qué está hecha la esperanza?*¹

Mary Tere Guzmán
ALBOAN

Escribo estas líneas desde mi México querido. Hace ya algunos años que vivo en el País Vasco, mi tierra de acogida, pero estas navidades he tenido la suerte de poder visitar a mi familia y es desde mi tierra natal donde escribo algunas ideas que quisiera compartir con ustedes.

Un claro signo de nuestros tiempos es la incertidumbre. Ciertamente vivimos en una época en la que resulta realmente difícil vislumbrar o predecir cualquier aspecto futuro del ámbito político, económico o social. Son muchas las cuestiones que nos preocupan y de las cuáles no tenemos una idea clara sobre su posible devenir. Estos días he tenido la oportunidad de encontrarme con mucha gente querida y uno de los temas más recurrentes en nuestras conversaciones ha sido el de la violencia y la inseguridad que se vive en el país, lo que genera una sensación generalizada de miedo e incertidumbre. Son muchas las ciudades o regiones de Latinoamérica que viven graves situaciones de violencia: Caracas, Río de Janeiro, San Salvador o los estados del Norte en México. Pero no es en esta escalofriante realidad sobre la que me quiero detener, sino en la respuesta de la ciudadanía frente a esta situación, que surge como respuesta ante lo incierto, ante el miedo y ante la desesperanza, y que representa en sí misma todo un signo de esperanza.

Nuestra realidad es compleja. Tenemos la certeza de que vivimos inmersos en una crisis sistémica y que el momento que vive la humanidad (no solo en los países del Sur, sino también en el mundo que hemos llamado desarrollado) es el resultado de un largo proceso que es difícil de revertir y que encadena una multiplicidad de factores. La violencia, la injusticia, la pobreza, los brotes de racismo, el incremento de las desigualdades, el deterioro medioambiental, la apatía y la falta de interés por la vida pública son elementos que generan una sensación generalizada de incertidumbre y caos.

Aquí y allí encuentro personas que tomamos distintas posturas ante la realidad. Encuentro a algunas personas para quienes todo es caótico, malo e inamovible: “La crisis es terrible, la inseguridad imparables, el gobierno es incapaz, la clase política no se preocupa por nadie más que por sí misma, no hay salida posible”. La desesperanza se ha apoderado de parte de la población. Creo que se trata de un claro triunfo del poder, del orden establecido que impide o dificulta la movilización ciudadana. Si el miedo se apodera de un pueblo, si la resignación nos invade, poco hay que hacer. Hemos dejado triunfar a la injusticia.

Existe otro grupo de personas para quienes quizá no sea tan difícil la situación que perciben a su alrededor, o a lo mejor se sienten tan cómodas con el modo de vida que llevan que se ubican en una posición de no querer saber: “mejor hablamos de otras cosas que no impliquen posicionarnos, que no nos preocupen y que nos permitan evadirnos y confiar en que algo o alguien, en algún momento, resolverá las cosas”. En un país convulsionado como el mío, y como muchos otros, llama la atención cómo la indiferencia y la apatía se están apoderando de amplios sectores de la población, que encuentran en el individualismo y el “sálvese quien pueda” sus principales referencias vitales.

Pero no todo es desalentador en este panorama. Una tercera actitud que percibo con fuerza es el de aquellas personas comprometidas con su realidad. Personas informadas, que analizan y opinan, y que quieren hacer algo por cambiar las cosas. Muchas personas no se conforman ante las dificultades, no se dan por vencidas, y quieren implicarse, participar. Son personas que no están dispuestas a dar la espalda a aquello que les inquieta y les preocupa, o a esperar sentadas a que alguien o algo resuelva los problemas. En países donde no se respetan los derechos humanos, el Estado no garantiza las condiciones mínimas para una vida digna y la desprotección es tan grande, cada vez encuentro más gente que se pregunta: ¿Qué podemos hacer?

¹ Artículo publicado en revista Mensajero enero 2011.

Sabemos que es necesario reflexionar sobre lo que pasa, sobre sus causas y sus consecuencias, pero sobre todo debemos considerar qué tipo de acciones son necesarias para enfrentar estos retos con creatividad. Se hace patente la necesidad de impulsar entre la ciudadanía una conciencia de responsabilidad, que supere el escepticismo y que permita participar, implicarse.

Un primer paso consiste, sin duda, en **informarse**. Resulta imprescindible leer la realidad en la que estamos inmersos. Si no atendemos y entendemos lo que pasa a nuestro alrededor, difícilmente podremos posicionarnos. Informarse hoy, en un mundo tan saturado de información como el nuestro, puede parecernos una tarea sencilla, pero significa un gran reto. Para poder formarse una opinión con criterio resulta imprescindible obtener una información veraz y que nos ofrezca diferentes puntos de vista. Para ello necesitamos discriminar información y encontrar aquellos hilos conductores que nos permitan avanzar en nuestros análisis.

Un segundo paso consiste en adquirir **consciencia** de nuestra realidad. Contar con la información precisa no significa que la situación de otras personas, o la de mi sociedad en su conjunto, me mueva y me conmueva. Es necesario que esa lectura de la realidad pase por mi corazón y me genere preguntas, que me diga algo y me dirija hacia alguna dirección.

Pero la realidad, tan dura e injusta, no se transforma simplemente con entenderla y ser conscientes de su complejidad. También es necesario **organizarse**, buscar a otras personas que compartan nuestras inquietudes, preocupaciones e intereses. Organizarnos nos obliga a salir de nosotros mismos, a construir en común, a caminar acompañados. Pero la organización debe de estar siempre en función de la acción. Actuar en algún sentido, en una dirección, buscando un cambio concreto. En el ámbito de la transformación social, la acción implica un **sentido de ciudadanía**. Supone un compromiso intelectual, emocional y espiritual por el cambio social.

Durante estos días, y en otras oportunidades que me brinda mi trabajo, me he encontrado frente a muchas personas que han recorrido este camino. Personas que se han movido y comprometido con su sociedad, arriesgando su comodidad, su seguridad y en algunos casos hasta su vida. Descubro a mujeres y hombres convencidos de que no pueden seguir esperando, que saben que está en su mano actuar y responsabilizarse por que las cosas mejoren. Aunque a veces no nos lleguen demasiadas noticias esperanzadoras, podemos tener la certeza de que la sociedad se mueve. En diferentes países del mundo la acción de la ciudadanía ha sido y sigue siendo crucial para mejorar su situación. En ALBOAN estamos convencidas de que la formación, la organización y la acción de la sociedad civil son elementos indispensables para el desarrollo humano. Sabemos que la acción ciudadana en distintos ámbitos puede ser compleja, y que no puede ser ingenua o estar alejada de la realidad, sino que debe de ser una acción informada, formada y comprometida.

Se trata de grupos y movimientos sociales encarnados en personas que se hacen *cargo de la realidad*, que emergen como ejemplo y testimonio para crear esperanza. Que ante el miedo caminan con fe, ante la injusticia con la verdad y ante cada golpe responden con un acto de amor. Y quiero aclarar que cuando hablo de estas personas no me refiero a heroínas o caudillos, sino a personas como tú y como yo. Trabajadores, empresarias, amas de casa, profesores, activistas, jubilados, periodistas, intelectuales, campesinos, artesanas.

Cuando pienso en estas personas sé de qué está hecha la esperanza. Está hecha de humanidad. De escuchar a quienes sufren, de reflexión sobre lo qué está ocurriendo y por qué, de conocer los mecanismos que mueven a la sociedad, de reconocer que la realidad es transformable, de reaccionar con toda nuestra persona y con responsabilidad, de contagiar convicción. La esperanza está hecha de realismo, aceptando que los conflictos no son fáciles de conciliar y que las crisis no se resuelven con discursos. También está hecha de trabajo, de afrontar retos, de asumir riesgos y de confiar en los y las demás.

En muchos lugares veo gente que camina con libertad, con paso seguro. Siento su fuerza y su vitalidad, que me contagia para hoy compartirles estas líneas. Mujeres y hombres que aquí y en muchos otros lugares del mundo quieren aportar a la construcción de un mundo diferente, de un mundo más justo. Pero, sobre todo, gente que no quiere dejar pasar la oportunidad de ser junto a otras personas, de construirse en el camino y de tratar de ser más humanos.